

Mi belén



Queridos amigos y amigas:

No olvidéis que me llamo Francisco y que San Francisco acaso sea el único santo que me suscita complacencia por su ingenuidad, sencillez, pobreza verdadera y cosas así. Aún recuerdo el fresco de “La muerte o dormición de San Francisco” del Giotto, que contemplé este verano en la *Santa Croce* de Florencia, cargada de paz y de serenidad. Si se piensa en el tiempo, hasta llega a suscitar cierta envidia, dicha sea la verdad. Pues bien, la ingenuidad y el populismo que encierran los belenes tiene mucho que ver con el santo de Asís. También os digo que durante años, en mi primera juventud, pasé muchos veranos en Nîmes, en casa de la familia Dorne, y que los rincones de la Provenza y su entorno me son muy queridos y conocidos (Arles, Aix, Avignon, Stes-Maries-de-la-Mer, Aigues-Mortes, Uzès, Saint-Rémy-de-P., Les Baux-de-Provence, etc.), pues los he recorrido en movileta, en coche, me ha bañado en sus ríos y he disfrutado con nuevos amigos franceses y tantas cosas así. La Provenza es muy “belenista” y son muchos los artesanos renombrados, llamados *santoniers* en cuyos talleres se hacen figuras excelentes que luego se pueden comprar en las tiendas de artesanía, en los mercados y hasta en los propios talleres. Por supuesto, aquí en Asturias siempre fueron muy apreciados los belenes del Asilo de Pola de Siero, al que conocí muy directamente desde niño, el de Lastres y creo que también los de Luanco y de Candás, esos pueblos marineros asturianos tan preciosos. Todo esto no son más que vanas excusas que buscan un poco de “vuelo” para mostraros mi modesto belén en disposición circular. Vayamos a él.

En el centro están, como les corresponde, el niño, María, José, el buey y la mula. Como podréis apreciar el papa no va a tener mucho éxito con la supresión de personajes tan relevantes, más en un invierno frío, como lo son estos entrañables animales vinculados de siempre a la vida campesina y al calor de los establos y de las cuadras. Yo no he leído su libro, pero creo que el problema de la diferenciación entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe (el de los evangelistas y la tradición paulina) lo planteó de forma muy relevante el teólogo y pastor alemán Rudolf Bultmann, a comienzos del siglo XX. Bueno, pues todas estas figurillas del misterio son francesas, obra Roger Jouve, de Aix en Provence, en cuyo taller se han elaborado. Y me parece que su autor fue distinguido en su día con uno esos títulos honoríficos, tan del gusto grandilocuente de los franceses, como “meilleur ouvrier de la France”.

Los reyes magos son otro de los componentes imprescindibles de todo belén. Los míos son murcianos, de la artesanía Serrano. No tengo nada en contra del bueno del papa Ratzinger, pero creo que otra vez se equivoca al suponer que procedían, no del Lejano Oriente, sino de Andalucía. Yo tengo buenos amigos andaluces y por más que los miro, remiro y comparo con las figuras de los reyes y de sus pajes no les encuentro mucho parecido, la verdad. Y en cuanto a lo de la estrella, el propio papa Benedicto sabe que a la Iglesia no le conviene, desde Galileo, meterse en los enrevesados y complejos asuntos de la astronomía. Dejémosla en Oriente, que allí bien está. Pero la irrefutable prueba de que los reyes magos existen la conservo desde niño. Tras el balcón ligeramente entreabierto de la casa vieja de *El Rayu* mis padres dejaban dos copitas y una botella de *anis del Mono* acompañadas de algunas galletas para que los reyes se escalecieran del frío cuando llegaran a traernos los juguetes a mi hermana y a mí. Y siempre, siempre, año tras año, aquellas copillas aparecían vacías y las galletas desaparecidas cuando, nerviosos, nos despertaban porque los reyes “ya habían pasado” por nuestra casa y nos habían dejado sus regalos, siempre con algo de carbón.

Y ahora vayamos a los figurines. El molineru es francés, del artesano *santonier* Aigón, pero lo hago salir con su saca de maíz a cuestras de un hórreo o panera gallega. Me recuerda al molino que había cerca de casa al que fui tantas veces de niño a llevar el maíz, a la maquila y a las cenas modestas de aquella época con un plato de *fariñes* con azúcar en su centro, de los que muchos de vosotros ya con algunos años a cuestras también habréis “disfrutado”. A la campesina, también del maestro Aigón, y que compré junto al molinero en Saint-Rémy-de-Provence, la hago salir con sus frutales ofrendas de una casita miñota, esto es, del departamento portugués del río *Miño*,

adquirida hace bastantes años en un viaje por aquellas preciosas tierras y de artesano desconocido. De M. Chave, en Aubagne, pueblo cercano a Marsella, son el puente y la lavandera que me salieron algo desproporcionados con los demás. Es el riesgo que se corre cuando se van comprando en distintas fechas y viajes. Les añadí un perro San Bernardo que compré en el *Col du Grand Saint Bernard* (2469 m), en homenaje digno de alabanza hacia aquellos monjes que sabían hacer tan buen uso caritativo de sus exquisitos licores. Por último, la madreña con las flores es el detalle asturiano y acaso el más fuera de lugar en el belén, pero también tiene su historia. Está muy bien labrada y se distribuía con *Chocolates La Cibeles*, supongo que allá por los años sesenta del pasado siglo. Son todas ellas las piezas humildes con las pequeñas notas populistas y exóticas de mi belén.

Espero que todas ellas os hayan transmitido la añorada sencillez franciscana, pero también mi amor por la Provenza y el ánimo de que un día podáis coger el coche y perderos por aquellos pueblos, especialmente los del *arrière-pays*, esto es, los que están un poco alejados de las playas y de las ciudades, tan hermosos. Tienda de campaña u hotel *deux étoiles* Michelin en cualquier ciudad o pueblecillo ajustados a vuestro presupuesto os bastarán y os resultarán de complemento muy recomendable al sol que os acompañará todo el día. Prendados de la Provenza, repetiréis, sin duda. Y, claro está, confío en que la sencillez pero oculta complejidad de mi belén, con el que os encontrarías desde ayer nada más abrir la puerta de mi casa, os haya gustado y que nos sirva a mí y a Pily como nuestra modesta felicitación de Navidad.

A todos, con un abrazo.

Paco, diciembre 2012.